



Una búsqueda vital y verdadera

Luz Jiménez
Actriz

Es claro, **Siddhartha** se lee cuando se es adolescente, entre los 15 y los 20, y se lee de adolescente porque ésa es la edad del idealismo, cuando todo es posible, cuando el amor arrebató, cuando se sueña, cuando se definen las preferencias. Como **Siddhartha** es un idealista —o más bien lo es Hermann Hesse, al hablar de él y de otros como **Demian**, **Narciso y Goldmundo**, etc.— entonces lo leemos de jóvenes. Luego nos vamos por el mundo, entramos en la seriedad y dejamos atrás a **Siddhartha** y toda su búsqueda como una instancia llamada *idealismo*.

Felizmente, hay quienes si no mayores —pero adultos— sintieron la inquietud de mostrarlo por la vigencia de su búsqueda. Fue cuando **Siddhartha** deja de ser un personaje de novela para convertirse en un hombre de hoy. ¡Qué difícil tarea encontrar un lenguaje escénico para mostrar el transcurso espiritual de un hombre, más si esto nace de la necesidad de expresar y de compartir y de enseñar! Hablar de **Siddhartha** es una tarea mayor, ya que se trata de un mundo que nos es ajeno, distante, desconocido y con una estética que hasta nos hace sonreír (desde nuestro mundo occidental y consumista) —en nuestra ignorancia y con una abundante pobreza tan abundante que nos disgusta. Sin embargo, es de allí de donde surge esta espiritualidad —y no hablemos de religión— este modo de entender la vida que nos inquieta... con las preguntas, sus dudas y su búsqueda que son tan reconocibles y que no sólo se pueden adjudicar a la adolescencia.

La tarea difícil, pienso, fue encontrar el lenguaje —escoger el cómo y el qué poner en escena para revivir

esta historia y hacerla vital, atractiva y, a la vez, fiel a su origen.

Si todos los críticos teatrales apuntan al suelo con sus pulgares y, por el contrario, la sala está llena —no sólo de público sino de silencio, entusiasmo, respeto, admiración— de público joven, de Santiago de nuestro fin de siglo y milenio, que escucha esta historia y se deja seducir por su espiritualidad, entonces, algo está sucediendo, algo que no coincide pero algo que sucede...

Al entrar a la sala percibo un espacio abierto —veo hasta el fondo del escenario, no hay bambalinas— todo está a mi vista, ¿percibo un suave olor a incienso?, luego una música, extraña, si nada sé no importa, no necesito saber nada, ni haber leído, ni haber viajado.

Empieza la historia de este joven —su búsqueda incesante por encontrar la verdad— esa búsqueda de la que todos sentimos la necesidad pero que acallamos con cosas, ruidos, proyectos prestados, opciones aceptables o siguiendo la corriente. En ese rompimiento con el mundo familiar es donde parte la historia.

Es un mundo que nos es tan ajeno y lejano como lo habrá sido el de los indios en América a los conquistadores españoles hace 500 años, una India cuya estética conocemos a través del Imperio Británico o a través de algunas modas algo hippies o por el cine en su pobreza y miseria y multitud.

Y **Siddhartha** nos habla de su río, ahí parte su historia —según la puesta ahí termina— es el río el que le ha enseñado que nada permanece, que todo cambia, que todo vuelve, que sólo existe el presente.

Siddhartha parte lejos de su casa con su amigo

Govinda, recorre el camino, vive en el bosque con los Sadhus, medita, ayuna, espera. Aprende, pero esto no le basta, los abandona y se encuentra con el llamado Buddha, escucha su enseñanza, lo admira y respeta. *El origen y motivo del sufrimiento del hombre está en su deseo y codicia, el controlar su cuerpo lo liberará.*

No lo olvidará, pero no quiere tener un maestro y sigue su camino. Govinda, tocado en su corazón por la enseñanza del Buddha, permanece con él y se separan.

Luego Siddhartha conocerá a Vasudeva, el botero

del Ganges, que nada tiene sino su balsa y la intención de servir y de aprender del río. Conoce a Kamala, la bella cortesana, de quien aprende el amor humano y cómo conquistarlo con bellas apariencias. Consigue un trabajo con el comerciante Kamaswami –porque sabe leer y escribir– y conoce lo que es la venta, la usura, el provecho sacado del poder ejercido sobre otro. Conoce el juego y la vanidad humanas para después abandonarlo todo y volver al río y a su amigo Vasudeva.

Este largo camino exterior e interior, en el que los valores y las opciones en la vida quedan claramente expuestas como una simple y a la vez profunda proposición, se hace tan atractivo por la vitalidad y verdad de su expresión.

Pienso que está ahí la clave. Hay un respeto absoluto por la verdad propuesta por H. Hesse y por el entorno o significado de esta lejana cultura.

Es Siddhartha que propone Horacio Videla es de una energía y vitalidad arrolladoras. ¿Uno diría que Siddhartha es un atormentado? Claro que lo es, pero es joven y energético, es vital, urgente, movedido. Es un Siddhartha incansable. Y la sala toda se identifica con la intensidad de su búsqueda.

Govinda, su amigo, poco importa que sea una Claudia, ya que no se trata de una mujer disfrazada de hombre, sino de una abstracción de los sexos que en este caso es perfecto. Claudia ofrece un Govinda bellísimo, de una fluidez de movimiento y una gran verdad en su sentir.

Kamala se rodea de magia, misterio y silencio – con muy poco se da mucho o todo–, nos entrega el enigma de la seducción con pocos y precisos gestos.

Vasudeva es el portador de la sabiduría, esa que se adquiere de tanto ir y venir, de poseer poco, de tanto escuchar, poco juzgar y mucho dar. Vasudeva tiene movilidad interior, generosidad gestual y una particular atención en su decir y en su mirar.

Kamaswami, tan risueño como maléfico y manipulador, nos habla por sus gestos tanto o más que por su texto. Su proposición es tan convincente como encantadora. Llena el espacio con su danza, con su máscara impecable es tan alegre como malvado, tan absurdo como sagaz, con su capa verde parece un rey sin

SIDDHARTHA

de Hermann Hesse

Estrenada por el Teatro de la Universidad Católica de Chile
el 21 de julio de 1995 en la Sala I del Teatro U. C.

Ficha Técnica

<i>Adaptación</i>	: Inés M. Stranger
<i>Dirección</i>	: Claudia Echenique
<i>Escenografía y vestuario</i>	: Pablo Núñez
<i>Iluminación</i>	: Ramón López - Luis Alcaide
<i>Producción</i>	: Guillermo Murúa
<i>Composición musical</i>	: Cristián Crisosto
<i>Música Indú</i>	: Millapol Gajardo
<i>Creación de muñecos</i>	: Marcela Correa, Mario Carvajal
<i>Cabezones</i>	: Maya Mora
<i>Reproducción de muñecos</i>	: Sergio Guzmán

REPARTO

Vasudeva	: Jaime Mc Manus
Siddhartha	: Horacio Videla
Govinda	: Claudia Celedón
Kamala	: Giselle Demelchiore
Kamaswami	: Carla Lobos
Músicos	: Arlette Jequier (voz, tambura), Cristián Crisosto: (teclado, flauta travesa), Millapol Gajardo: (tablas, flautas, flauta travesa)
Muñecos	: Claudio Barbas, Claudia Echenique, Paula Leoncini, Pablo Macaya, Vasco Moulian, Giselle Demelchiore, Carla Lobos, Jaime Mc Manus, Claudia Celedón

trono y, mientras crece en su maldad y perversidad, nos damos cuenta que eran sólo negocios.

Un gran acierto fueron los muñecos que hacen posible una multitud, un paso de tiempo, un cambio de lugar. Cómo este recurso tan simple y tan complejo de manejar puede llenar el escenario y nos obliga a los espectadores a ser niños y aceptar y sonreír y creer, y qué fácil es. Los actores detrás no dirán qué fácil es, pero qué bien ejecutado está.

En la multitud de personajes que vemos pasar e interactuar, hay una evidente invitación al juego, a entrar en una credibilidad y aceptación del hablar y decir de los muñecos, de su personificación. Así vemos a los samanas, a los monjes Budistas y al mismo Buddha que nos habla desde su altura, los sueños y los monstruos.

Tan importante es el río en el escenario que hace pensar en qué difícil mostrarlo en cualquier escenario, con su agua real salpicando y transportando.

El vestuario es una belleza de texturas y colores. Los actores son cómplices de un ritual, hay algo de sagrado en el hacer, algo exacto, hay atención y silencio, dedicación y respeto. Hay un gozo en la ejecución que se percibe.

La música envuelve, invade, transporta, tan presente, tan bellamente presente que no se concibe sin ella. La música los envuelve y a nosotros, el público, nos seduce con diálogos de temas hindú, moderno/moderno hindú y nos lleva como sobre una alfombra mágica.

Los ejercicios que vemos desplegar a Siddhartha y Govinda en el bosque nos muestran el rigor con que enfrentaron y mantienen su trabajo.

Son muchos los cambios, todo es veloz, compacto y posible. Todo nos lleva de la mano en este viaje del

espíritu a la India, no a una religión, sí a una proposición de vida o espiritualidad.

La inquietud de Claudia Echenique y la adaptación de Inés Stranger se ven premiadas por un largo, largo aplauso.

Hubo un tiempo en que la danza en Occidente sólo se concebía como una historia bella, con tutú, zapatillas puntas y decorado ad hoc. Hoy la danza dejó las zapatillas, los tutús, el decorado y la historia y se admite y admira bailar las emociones, los sentimientos, bailar a pie pelado o con bototos, con ropa interior o con vestidos o abrigos. El decorado puede estar o no, la música ídem.

Algo parecido ha pasado en el teatro. Felizmente, el *espacio vacío* admite lo que se exponga, siempre sea coherente e inspirado, que mueva el espíritu, que entretenga y que ojalá mueva a reflexión. Esto sucede con el montaje de **Siddhartha**.

Hay quienes buscan o esperan una obra convencional escrita, con autor *dramaturgo*, con comienzo, clímax y desenlace, con unidades aristotélicas. Pero hemos caminado por todo eso para volver a la simpleza de que un drama es una alfombrita y dos saltimbanquis.

Decir lo que se quiere porque resulta inevitable, en forma clara inspirada y armónica. Eso sucede aquí.

Aprender el desapego es dejar de sufrir. *Ahora que dejaste el orgullo puedes trabajar en cualquier cosa, hacer la vida que quieras.*

Este montaje de **Siddhartha**, tan vital y comprometido, nos habla de una visión de parte de la dirección del Teatro de la Universidad Católica, al permitir y apoyar este riesgo, pero qué positivo el riesgo y qué buena proposición.